

Sudáfrica: perfil del país

Garth le Pere,
director ejecutivo del Institute for Global
Dialogue, Johannesburgo, Sudáfrica

Política e historia

Los problemas actuales de Sudáfrica tienen raíces históricas profundas. Aunque los asentamientos humanos en el subcontinente se remontan a miles de años atrás, el conflicto racial empezó con la llegada de los holandeses al cabo de Buena Esperanza en 1652, cuando la Compañía Holandesa de las Indias Orientales estableció allí un enclave para reabastecer a las flotas que viajaban de Holanda a los territorios colonizados en el sur y el sudeste de Asia. Los primeros 150 años de control de El Cabo por parte de la Compañía determinaron algunas de las características más persistentes de la sociedad colonial. La colonia se amplió con la llegada de más colonos de origen holandés, francés y alemán y se convirtió en una ruta comercial estratégica cada vez más importante, con Holanda, Francia y Reino Unido disputándose su control. La adquisición británica de El Cabo en 1795 acentuó las divisiones entre los colonos locales y los gobernantes metropolitanos y amplió el abismo racial entre blancos y negros.

Desesperados por conseguir más tierras y ansiosos por establecer sus propias comunidades lejos del dominio británico, en 1830 los agricultores europeos de procedencia holandesa (conocidos como *bóers*) se dirigieron hacia el interior iniciando la “Gran Marcha”, ladeando las poblaciones africanas más densas. Una vez en el interior, los bóers formaron dos repúblicas: la Repú-

blica de Sudáfrica (también conocida como el Transvaal) y el Estado Libre de Orange. Sin embargo, el descubrimiento de diamantes en 1867 y oro en 1886 transformó de manera decisiva el panorama económico y político del sur de África. La floreciente industria mineral acentuó todavía más las divisiones entre británicos y bóers, blancos y negros, ricos y pobres. Por primera vez, Sudáfrica tenía un recurso enormemente valioso que atraía importantes cantidades de capital extranjero y migración a gran escala. En el Transvaal, la zona con los yacimientos auríferos más ricos, la población blanca se incrementó ocho veces, mientras que cientos de miles de africanos buscaban trabajo año tras año en las nuevas minas y en las áreas que experimentaban una rápida industrialización y urbanización.

Las tensiones entre los británicos y los bóers alcanzaron su punto culminante en las Guerras Anglo-Bóer que estallaron entre 1899 y 1902, unas guerras cuyo objetivo principal era el control del oro pero que dejaron un gran número de personas desplazadas, una economía en crisis y un legado de amargura entre los protagonistas del conflicto. Una de las consecuencias más importantes de éste fue que los británicos abandonaron su retórica antibóer y proafricana de los tiempos de guerra y negociaron una solución política a largo plazo que permitiera a la comunidad blanca local tomar las riendas de una Sudáfrica unida y autónoma. En 1910, la Unión Sudafricana se convirtió en un Estado independiente dentro del Imperio Británico, donde los derechos políticos y de propiedad quedaban ampliamente limitados a los blancos, sentando las bases de la arquitectura del *apartheid*. Tras la unión surgieron dos movimientos nacionalistas: uno era racial y étnicamente exclusivista y el otro más dispar en cuanto a miembros y objetivos. El movimiento nacionalista afrikáner se creó alrededor del Partido Nacional (NP) y atrajo a los *afrikáners* (los antiguos bóers), que todavía estaban resentidos por los sufrimientos de la guerra y frustrados por la pobreza endémica de sus condiciones de vida. El movimiento nacionalista negro, dirigido principalmente por el Congreso Nacional Africano (ANC), se creó en 1912 para hacer frente a la multitud de injusticias contra los africanos.

Los nacionalistas afrikáners se definían a sí mismos como el pueblo elegido, cuyo destino era gobernar Sudáfrica. Establecieron sus propias organizaciones culturales y sociedades secretas y determinaron que Sudáfrica debía gestionarse según los intereses de los afrikáners, y no de los empresarios ingleses o los trabajadores africanos. Entre 1920-1940, el movimiento nacionalista afrikáner alcanzó una gran popularidad, nutrido por los temores de la competencia negra por los trabajos, la antipatía hacia los magnates mineros de habla inglesa, la memoria del sufrimiento pasado y el impacto de la Segunda Guerra Mundial, especialmente la urbanización negra a gran escala. En 1948, con el apoyo de una mayoría afrikáner (que representaba el 60% del electorado blanco), el NP ganó las elecciones



con su plataforma apartheid. En lo sucesivo, Sudáfrica estaría gobernada por un partido que pretendía configurar una política gubernamental que favoreciera a los blancos en general y a los afrikáners en particular. Conforme a esta lógica, los africanos, los asiáticos y los mestizos nunca podrían obtener la ciudadanía completa ni participar plenamente en el proceso político.

Como resultado de ello, el movimiento nacionalista negro se encontró cercado. Para los negros, la privación de los derechos civiles significó que no pudieron organizar un partido político efectivo, sino que tuvieron que confiar en las apelaciones, delegaciones y peticiones al Gobierno británico, solicitando un trato igual ante la ley. Como Sudáfrica era ahora independiente, les dijeron a los demandantes que tenían que exponer sus argumentos a los poderes fácticos afrikáners locales. Aunque los africanos, los asiáticos y los mestizos compartían sus reivindicaciones, sus argumentos perdieron fuerza por la falta de unidad en la organización y los objetivos. La separación física y la diferenciación legal en todos los aspectos de su vida les llevaron a formar organizaciones separadas para representar sus intereses. Además, y con pocas excepciones, sus líderes adoptaron una táctica acomodaticia

“Sudáfrica ha llevado a cabo una transición política pacífica, de una autocrítica de apartheid a una democracia republicana”

más que agresiva a la hora de tratar con los inspectores afrikáners. Incapaces de obtener concesiones reales de los gobiernos cada vez más intransigentes, ninguno de los movimientos políticos negros consiguió crear una base sólida. En 1948, por ejemplo, el ANC sólo contaba con unos pocos miles de miembros de una población africana total de aproximadamente 8 millones.

Con la introducción del apartheid, el NP amplió y sistematizó muchas de las características de la arraigada discriminación racial, estableciendo una política estatal de supremacía blanca. A toda persona residente en Sudáfrica se la incluía legalmente en un grupo racial (blanco, africano, mestizo o asiático), basándose sobre todo en su aspecto físico. Sudáfrica fue proclamada una nación de blancos de iure, en la que los miembros de otros grupos raciales nunca gozarían de plenos derechos políticos. A los africanos se les comunicó que eventualmente podrían conseguir la independencia política en quizás nueve o diez bantustanes étnicos, formados por áreas rurales minúsculas asignadas a ellos. (Irónicamente, incluso una comisión gubernamental en los años cincuenta declaró que estas áreas no eran adecuadas para sostener a la población negra.)

Mientras el Gobierno reforzaba su poder y controlaba a la sociedad a través de leyes draconianas, los negros se levantaron contra el apartheid en los años cincuenta. El ANC, encabezado por Nelson Mandela y Oliver Tambo, intentó ampliar su base de apoyo haciendo un llamamiento al incumplimiento masivo

de las nuevas leyes. Aprovechando el impulso de la protesta, en 1955 representantes del ANC con el apoyo de organizaciones de blancos, mestizos y asiáticos se agruparon para adoptar la Carta de la Libertad como declaración básica de principios políticos. La respuesta del NP bajo el primer ministro HF Verwoerd fue rápida y contundente. Decenas de miles de personas fueron detenidas por participar en manifestaciones y boicots públicos, cientos de miles fueron arrestadas por infracciones de las leyes de paso, y muchos de los representantes que habían redactado la Carta de la Libertad fueron juzgados por traición en un juicio que se prolongó durante casi cinco años. En 1960, en Sharpeville, un municipio de población negra situado al sur de Johannesburgo, la policía abrió fuego contra una multitud que protestaba por las leyes de paso y asesinó a 67 personas. Tras la matanza, que fue condenada en todo el mundo, el Gobierno ilegalizó el ANC, el escindido Congreso Panafricano (PAC), y otras organizaciones antiapartheid; abandonó la Commonwealth; y, tras un referéndum de votantes blancos, declaró la República Sudafricana.

La oposición interna y externa al apartheid se vio impulsada en 1976, cuando empezó la sublevación de Soweto con protestas de estudiantes de instituto contra el uso obligatorio de la lengua afrikaans como vehículo de enseñanza. Las protestas desembocaron en semanas de manifestaciones, marchas y boicots en todo el país. Los violentos enfrentamientos con la policía se saldaron con más de 500 muertos, varios miles de arrestados y otros muchos miles buscando refugio fuera de Sudáfrica, muchos con las fuerzas del ANC y el PAC en el exilio.

A principios de los ochenta, los reformadores del NP trataron de corregir la arquitectura básica del apartheid. Preocupado por las tendencias demográficas, el primer ministro PW Botha llevó a su Gobierno a implementar un nuevo acuerdo constitucional que establecía tres cámaras parlamentarias segregadas racialmente para blancos, asiáticos y mestizos, pero excluía a los negros. Se suponía que éstos debían ejercer sus derechos políticos en los bantustanes nominalmente independientes de Transkei, Bophutatswana, Venda y Ciskei. Botha y sus aliados esperaban que los mestizos y los asiáticos dieran aliento al NP y le proporcionaran la fuerza numérica suficiente para contrarrestar a los disidentes cada vez más numerosos. Sin embargo, la Constitución que entró en vigor en 1984 sólo sirvió para aumentar la oposición al apartheid. Fue denunciada dentro y fuera por reaccionaria y anacrónica y en muchos municipios negros, las comisarías de policía y otros edificios gubernamentales fueron destruidos. Miembros armados del ANC y el PAC se infiltraron en Sudáfrica a través de sus bases en Angola, Mozambique y Zimbabwe y desencadenaron una nueva campaña de terror urbano. Con Sudáfrica al borde de una guerra civil, el Gobierno impuso una serie de estados de emergencia, desplegó a la policía y el ejército contra

los opositores al apartheid y envió a las fuerzas militares en ataques armados a los países vecinos para buscar y destruir las misiones de las bases del ANC y el PAC.

Aunque estas acciones reforzaron el control estatal a corto plazo, a la larga resultaron perjudiciales: la represión policial y la brutalidad, y las aventuras militares en otras partes del sur de África no hicieron más que intensificar la condición de paria de Sudáfrica en el panorama político mundial. Los inversores extranjeros se retiraron del país; los bancos internacionales reclamaron sus préstamos; el valor de la moneda se desplomó; el precio del oro cayó por debajo de la mitad del alcanzado en los años setenta; el rendimiento económico bajó; y la inflación se convirtió en algo crónico. Debido a circunstancias fortuitas, FW de Klerk se hizo con el mando del NP en 1989, después de la dimisión de Botha. De Klerk impulsó la reforma del apartheid, más de lo que lo había hecho ningún otro político afrikáner anteriormente. En febrero de 1990, liberó a Nelson Mandela tras 27 años de cárcel y también a muchos de sus cohortes del ANC encarcelados; aceptó la legalización del ANC, el PAC y el Partido Comunista Sudafricano y otras organizaciones anteriormente ilegales. Igualmente importante fue, en 1990 y 1991, la revocación por parte de de Klerk de las bases legislativas del apartheid.

Desde finales de 1991 en adelante, negociadores del Gobierno se reunieron regularmente con representantes de otras organizaciones políticas para debatir las maneras de introducir una gestión democrática y eliminar poco a poco los pilares restantes del apartheid. El foro donde se celebraron estos debates se denominó Convención por la Democracia en Sudáfrica (CODESA). Si bien las conversaciones de la CODESA no fueron fáciles ni claras, se vieron ayudadas por el declive de las alternativas de izquierda y de derecha a la democracia parlamentaria. La caída del comunismo en Europa oriental y los fracasos del socialismo en África hicieron que perdieran interés en Sudáfrica. El ala derecha blanca se vio debilitada por una serie de acciones nulas que la desacreditaron a ojos de sus más que probables partidarios en la policía y las fuerzas de Defensa. Los miembros de la CODESA agilizaron las conversaciones y los planes para implementar una Constitución interina. Sudáfrica iba a tener un sistema federal de legislaturas regionales, con derecho de voto para todos independientemente de la raza y una legislatura bicameral encabezada por un presidente ejecutivo. Los negociadores también acordaron que el Gobierno elegido en 1994 se mantendría durante cinco años, y que una convención constitucional, establecida a partir de 1994 en adelante y con los puntos de vista de todos los sudafricanos, sería la encargada de redactar una constitución final que entraría en vigor en 1999.

Las primeras elecciones democráticas de abril de 1994 fueron un éxito considerable, con una participación del 86,7% del electorado (19,7 millones de perso-

nas). El ANC obtuvo el 62,6% de los votos. El NP, como se esperaba, ya no estaría a la cabeza del Gobierno, pero fue el segundo partido más votado con un porcentaje de votos del 20,4%. El Partido de la Libertad Inkatha, con base en Kwa Zulu Natal, quedó en tercer lugar con el 10,5% y el Frente de la Libertad, un partido de centro-derecha blanco dirigido por miembros de las fuerzas de seguridad, obtuvo el 2,2%. El PAC, con una mayoría de votantes negros, consiguió el 1,2%. El 9 de mayo de 1994, Nelson Mandela fue elegido por unanimidad presidente de la Asamblea Nacional, con Thabo Mbeki y FW de Klerk como vicepresidentes. A pesar de todos los factores que tenía en contra, Sudáfrica ha llevado a cabo una transición política pacífica, de una autocracia de apartheid a una democracia republicana.

Desde la presidencia de Mandela hasta el estreno de su sucesor, Thabo Mbeki, en 1999, Sudáfrica ha hecho unos progresos considerables en la expansión de los servicios sociales, la sanidad y la educación, pero el liderazgo del ANC sigue enfrentándose a retos desalentadores a la hora de satisfacer las expectativas de los votantes negros. Medio siglo de apartheid y siglos de discriminación forzada y amparada legalmente han dejado a la mayoría de sudafricanos negros en una situación de pobreza y analfabetismo. Lo mismo puede decirse de segmentos de población asiáticos y mestizos. La incapacidad o insuficiencia en la prestación de servicios sociales sigue minando la confianza en el nuevo Gobierno, a pesar de los impresionantes progresos en áreas como el abastecimiento de agua potable y electricidad, la mejora de la asistencia social y la ampliación de las oportunidades educativas a todos. Sudáfrica cuenta con una de las tasas de VIH/sida más altas del mundo y el Gobierno del presidente Mbeki ha avanzado poco en la lucha contra esta pandemia debido al debate político, las controversias sobre la financiación y la acrimonia personal. La violencia sexual y criminal siguen infestando el país.

De hecho, la violencia y la incertidumbre política a finales de 1996 y principios de 1997 contribuyó a la caída de la moneda, el rand, y a pesar de las promesas iniciales, la inversión extranjera no ha alcanzado los niveles necesarios para el crecimiento económico. Como respuesta a las privaciones generalizadas y al legado del pasado, el Gobierno lanzó el Programa de Reconstrucción y Desarrollo para gestionar las necesidades básicas. Sin embargo, muchos de sus componentes clave tuvieron que abandonarse debido a sus complejas estructuras administrativas y burocráticas que dificultaban la ejecución del programa. El ministro de Finanzas esbozó entonces nuevas estrategias económicas para solucionar los dos problemas, el crecimiento y el desarrollo. El alma de esta iniciativa fueron la liberalización de los controles de divisas, la privatización, el desarrollo de especializaciones y la imposición de una disciplina fiscal más estricta, recogidos en un documento marco llamado "Crecimiento, empleo y



redistribución”. Todos estos elementos se consideraban necesarios para continuar por un camino de crecimiento que acentuara la adaptabilidad y la eficiencia sistémicas con el fin de crear empleo y solucionar los problemas sociales.

Bajo la presidencia de Mbeki, el aparato y las instituciones de gobierno se han perfeccionado para gestionar las prioridades de política social identificadas durante la era Mandela. Se sigue concediendo mucha importancia a la responsabilidad fiscal y al desarrollo del sector privado. Cabe destacar que con Mbeki la capacitación de la economía negra ha recibido un fuerte estímulo como medio para disociar el carácter racial de la riqueza y la propiedad. Al mismo tiempo Mbeki debe controlar el extremismo político y el oportunismo económico que se han convertido en la moneda de cambio de los que quieren aprovechar las ventajas que ofrece la Sudáfrica postapartheid.

Asuntos económicos

La economía sudafricana es una economía de mercado, dirigida por la empresa privada, y la industria y la manufactura son cruciales para el crecimiento. El nuevo Gobierno ha establecido estrategias de capacitación e instrumentos políticos destinados a diversificar la participación económica y la propiedad de los negros. El sector público del país, tradicionalmente fuerte, ha experimentado un proceso de privatización progresiva y reestructuración de los activos estatales para incrementar la eficiencia y las ventajas sociales. Se calcula que el PIB de Sudáfrica es de 135.000 millones de dólares norteamericanos, lo cual la convierte en la economía más importante y avanzada de África. En conjunto, el crecimiento real del PIB fue de 1,8% en 1990-2001, 2,8% en 2001, 3% en 2002 y 2,7% en 2003. La inflación anual se situó en torno al 8,6% en 1990-2001 y actualmente es del 5,9%. Según las cifras oficiales, el 29,5% de la población activa estaba desempleada en septiembre de 2001; fuentes no oficiales, en cambio, sitúan la tasa de desempleo actual por encima del 40%.

Los principales sectores que contribuyeron al PIB en 2004 fueron: la agricultura (incluida la pesca y la silvicultura) que representa un 3,8% del PIB y emplea al 9,7% de la población activa; la minería, industria manufacturera, construcción y energía que contribuyen en un 31% y emplean al 25,7% de la población activa; y el sector servicios que representa hasta el 65,2% y da ocupación al 64,6% de la población activa. La minería se basa en unas reservas extraordinarias de oro, diamantes, platino, cromo, manganeso, vanadio, carbón,

mineral de hierro, uranio, cobre, plata, amianto y piedra caliza. Cada año se producen aproximadamente 55 minerales distintos en 700 actividades mineras, con el oro, los elementos del grupo del platino, el carbón y los diamantes a la cabeza de las exportaciones mineras y los ingresos por este concepto. Sudáfrica es también líder mundial en la licuefacción de carbón para sintetizar petróleo y gas. La energía procede principalmente de la electricidad derivada del carbón, a la que se añade la energía hidroeléctrica y nuclear.

Las principales importaciones incluyen maquinaria y equipamiento de transportes, combustibles minerales, fabricaciones básicas, vehículos y productos químicos. Los proveedores más importantes son Alemania, EEUU, Reino Unido, Japón, Arabia Saudí, Irán y Francia. Las principales exportaciones consisten en fabricaciones básicas (ropa y tejidos, hierro y acero y diamantes), automóviles, maquinaria y equipamiento de transporte, combustibles minerales, materias brutas, productos químicos, productos alimenticios y animales vivos. Los principales mercados para las exportaciones son EEUU, Reino Unido, Alemania, Japón, Países Bajos y cada vez más India, China y Australia. Sudáfrica forma parte de la Unión Aduanera del África Austral junto con Botswana, Lesotho, Namibia y Swazilandia. Desde 1994, el comercio con los países africanos ha aumentado considerablemente, aunque el desequilibrio es causa de preocupación. En 2001, las exportaciones fueron de 5.000 millones y las importaciones de 786 millones de dólares norteamericanos. Igualmente importantes son las grandes inversiones de Sudáfrica en turismo, telecomunicaciones, ferrocarriles, puertos, fábricas de cerveza y minería en África.

Relaciones exteriores

Considerando su condición de paria y el aislamiento relativo en los asuntos internacionales debido al apartheid, no es de sorprender que algunos de los cambios más significativos y de gran alcance de la política pública después de 1994 se hayan producido en el ámbito de las relaciones exteriores de Sudáfrica. La política exterior emergente del nuevo Gobierno fue reflejo de sus experiencias durante el conflicto de liberación y ha demostrado un compromiso firme y de principio con un multilateralismo respetuoso de las normas, promoviendo los intereses y el desarrollo de África, contribuyendo a la cooperación Sur-Sur y mejorando las relaciones Norte-Sur. A esto se unió un proyecto de reforma institucional destinado al aparato estatal del servicio exterior, de defensa y de inteligencia. El Departamento de Asuntos Exteriores (DFA), que desempeñó un papel tan perjudicial en las campañas de desestabilización en la región durante el apartheid, resultó ser un reto importante debido a su personal, muy dividido y polarizado ideológicamente. La integración de la vieja burocracia con el nuevo cuerpo de

“La incapacidad o insuficiencia en la prestación de servicios sociales sigue minando la confianza en el nuevo Gobierno”

funcionarios procedente de los movimientos de liberación y los bantustanes no siempre fue un proceso fácil. El departamento sigue luchando para desarrollar la capacidad analítica, los recursos humanos y la gestión de las actuaciones.

La transformación del DFA y su adecuación con los principios de la política exterior sudafricana se produjeron en tres etapas. La primera fue una valoración crítica en 1996 de los desafíos globales a los que se enfrentaba la política exterior emergente sudafricana. El resultado de este proceso fue una sólida articulación de lo que constituían los intereses vitales del país, reubicándolo en la escena global y aceptando la relación entre la política exterior y los asuntos económicos y de seguridad. Convertir esto en un marco político factible ocupó gran parte del mandato presidencial de Mandela. El segundo desarrollo importante, que empezó con la presidencia de Mbeki en 1999, identificó dos categorías amplias pero interdependientes entre ellas, la creación de riqueza y la seguridad. La tercera etapa, que se inició en 2000, incluía como prioridad central e idea clave política la perspectiva de la reafirmación de África, la erradicación de la pobreza y el subdesarrollo, y los esfuerzos por conseguir un orden global más justo y equitativo.

También se dedicaron muchos esfuerzos a la normalización de las relaciones diplomáticas con el resto del mundo y al ingreso en las organizaciones internacionales, continentales y regionales más significativas. Desde 1994, Sudáfrica ha organizado también una serie de conferencias multilaterales y eventos importantes. Entre ellos cabe destacar la IX Cumbre de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo) en 1996; la Cumbre del Movimiento No Alineado (1998); la Reunión de Jefes de Gobierno de la Commonwealth (1999); la Conferencia Mundial sobre el Sida (2000); la Conferencia Mundial de la ONU contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia (2001); la Conferencia Mundial sobre Desarrollo Sostenible (2002); y la Cumbre de la Unión Africana (2002). Sudáfrica también ha albergado eventos deportivos de nivel internacional como la Copa Mundial de Rugby (1995); la Copa Africana de Naciones (1996); la Copa Mundial de Atletismo (1998); y la Copa Mundial de Críquet (2003). Si gana la apuesta y celebra la prestigiosa Copa Mundial de la FIFA 2010 aumentará su perfil internacional y su iconografía de marca.

África ha gozado de un firme apoyo en tanto que escenario político. En este sentido el presidente Mbeki ha desempeñado un papel destacado, partiendo de su visión del renacimiento africano, en la transformación de la decadente Organización de la Unidad Africana en la Unión Africana como entidad panafricana más efectiva y evolutiva. Igualmente importante es la gran contribución de Sudáfrica en el desarrollo del anteproyecto socioeconómico continental, la Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD). Uno de los

objetivos de la NEPAD es impulsar una mayor observancia de las normas, los valores y las prácticas de democracia y buen gobierno. El Mecanismo Africano de Evaluación entre Iguales ha sido establecido bajo los auspicios de la NEPAD para garantizar que los estados cumplan con las normas políticas, económicas y de gobierno convenidas colectivamente. Para demostrar su firmeza y determinación, desde 2001, Sudáfrica, junto con otros países africanos, ha buscado ininterrumpidamente un compromiso del G-8 (Grupo de los 7 países más industrializados más la Federación Rusa) para que incluya en su agenda a África y las necesidades de los países en desarrollo. Además de estas iniciativas existen compromisos en marcha con instituciones financieras internacionales e intentos de reconfigurar la arquitectura del desarrollo global en términos más favorables para África y el Sur. Los temas clave que alientan este diálogo son la seguridad, la reducción de la deuda, la mejora del acceso al mercado y unas condiciones comerciales más equitativas. Esto encaja perfectamente con la lógica de la estrategia comercial multilateral de Sudáfrica y su activismo en la OMC (Organización Mundial del Comercio) a favor de los intereses de los países en desarrollo. Se ha creado un nuevo eje entre Brasil, India y Sudáfrica y se espera que la combinación de sus fuerzas aumente los intereses globales del Sur frente al Norte.

Dentro de África, Sudáfrica tiene una relación especial con la subregión africana meridional. Se ha convertido en un axioma de la política exterior sudafricana que su propio desarrollo y su proyecto de construcción nacional están integralmente entrelazados con la reconstrucción y la revitalización de la subregión. Allí donde en su momento participó en una campaña hostil y destructiva de desestabilización regional durante la época del apartheid, Sudáfrica adopta ahora un enfoque de cooperación para beneficio mutuo. Tras incorporarse a la entidad subregional, la Comunidad para el Desarrollo de África del Sur (SADC) en 1994, Sudáfrica ha intentado mejorar sus mecanismos de paz y seguridad, e introducir una mayor coherencia en sus políticas económicas y sociales como un medio para fomentar la integración regional. Este papel positivo, sin embargo, se ha visto empañado recientemente por el polémico uso de la “diplomacia tranquila” por parte del presidente Mbeki a la hora de resolver los problemas de Zimbabwe relacionados con el colapso económico y la crisis del Estado de derecho. Sin embargo, la diplomacia sudafricana promueve la paz y la estabilidad. Ha apoyado activamente los esfuerzos de la ONU y ha intervenido en varios países para fomentar la paz. Entre ellos destacan Angola, Comores, la República Democrática del Congo, Lesotho, Rwanda, Burundi, Madagascar, Côte d’Ivoire, Etiopía/Eritrea, y Sudán.

El clima y el régimen de inversión en Sudáfrica han experimentado una transformación y liberalización considerables desde 1994. Se han implementado una serie de políticas e intervenciones para aumentar su



atractivo como destino de las Inversiones Extranjeras Directas (IED). Desde 1994 se han registrado entradas netas positivas, pero se han visto sujetas a fluctuaciones y afectadas por las variaciones de los mercados emergentes y otros efectos contagiosos. El capital en IED como porcentaje del PIB en 2000 se distribuyó del siguiente modo: sector primario 28,9%; sector secundario 26,4%; y sector terciario 45,5%. La mayor parte de los flujos de IED ha entrado en el país a través de acuerdos controlados por el Estado y la privatización de activos estatales. Se ha promovido activamente el rendimiento orientado a la exportación buscando las inversiones en la industria manufacturera con el fin de generar empleo, transferir capacidades y estimular la innovación y las exportaciones en empresas locales. Sudáfrica es también un exportador de capital, ya que las empresas nacionales invierten en África y fuera. El Gobierno ha fomentado la inversión en África en particular a través de la liberalización escalonada del control de capital.

Dicho esto, Sudáfrica ha gestionado con éxito la transición del autoritarismo a la democracia, lo cual ha implicado cambios estructurales de gran alcance en su orden interno. El país ha reaccionado y los factores y fuerzas regionales, continentales e internacionales han marcado profundamente su nueva configuración. Sus relaciones exteriores han tenido que rediseñarse y sus instituciones renovarse radicalmente para satisfacer las demandas y exigencias de una época de post-Guerra Fría muy cambiante. Durante los años Mandela, Sudáfrica a menudo parecía un Estado sobrepasado y lastrado por su intento de cumplir con su ambiciosa agenda y las expectativas de la comunidad internacional de que adquiriera más peso. El presidente Mbeki ha adoptado un enfoque más pragmático y moderado, más proporcionado en definitiva a la condición de potencia media de Sudáfrica. Ambos presidentes, sin embargo, han demostrado una sólida fe en los cimientos éticos del multilateralismo como brújula que debe guiar a Sudáfrica en sus relaciones exteriores.

Retos futuros

Un informe de balance de los últimos diez años (PCAS, 2003) analiza y valora la actuación del Gobierno en cinco áreas políticas clave, identificando los siguientes retos:

Gobierno y administración

Mejorar la prestación de servicios mediante un desarrollo institucional adecuado e iniciativas políticas. En este sentido, tendrán que reforzarse las plataformas

y capacidades de prestación de los gobiernos locales y provinciales. También debe mejorarse la responsabilidad y el contacto con el electorado y apuntalarse la colaboración social con la sociedad civil.

Asuntos sociales

Mejorar el acceso y la prestación de ayudas sociales a los ciudadanos con derecho a ellas, pero sobre todo a los beneficiarios rurales. Un programa de obras públicas más amplio debe centrarse en la creación de mano de obra intensiva, combinada con una mejora de los servicios sociales como la vivienda y un mayor acceso a la sanidad y la educación. Debe prestarse más atención al sida y a otras enfermedades emergentes.

Asuntos económicos

Continuar con las políticas macroeconómicas sensatas y mejorar el rendimiento de la inversión en el sector público. Debe acelerarse la reestructuración de la industria para garantizar la competitividad global, reducir los precios de los productos básicos, generar empleo y mejorar el acceso a los mercados clave. Un programa de capacitación más amplio debe ir acompañado del desarrollo de especializaciones dirigidas y de la mejora en la calidad del sistema educativo.

Justicia y prevención del crimen

Introducir estrategias de prevención del crimen, como las de Desarrollo Rural Integrado, Renovación Urbana y Regeneración Moral. Debe reforzarse la capacidad de la policía, los servicios de inteligencia y el ejército y debe mejorarse la eficiencia en los puertos de entrada y el control fronterizo.

Relaciones internacionales, paz y seguridad

Consolidar la participación activa, la condición y el papel de Sudáfrica en los asuntos internacionales. Debe fomentarse y reforzarse a todos los niveles el multilateralismo y Sudáfrica debe seguir garantizando la implementación, operatividad y consolidación de los programas y estructuras de la NEPAD y la Unión Africana.

Referencias bibliográficas

- Adam, H. y Moodley, K. *The Negotiated Revolution: Society and Politics in Post-Apartheid South Africa*. Johannesburg: Jonathan Ball, 1993.
- Alden, C. y le Pere, G. *South Africa's Post-Apartheid Foreign Policy—from Reconciliation to Revival?* Adelphi Paper 362: IISS, 2003.
- Banco Mundial. *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2003*. Banco Mundial: Washington DC, 2003.
- Bond, P. *Elite Transition: From apartheid to neoliberalism in South Africa*. Pluto Press, 2000.
- CIA World Factbook. *South Africa*
www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/sf.html
- Elphick, R. y Giliomee, H. B. *The Shaping of South African Society, 1652-1840*. Wesleyan University Press, 1989.
- Europa World Year Book 2003. London & New York: Europa Publications, 2003.
- GCIS. *The South Africa Yearbook 2003/04*. Government Communications and Information Systems: Pretoria, 2004.
- Gerhart, G. M. *Black Power in South Africa: The Evolution of an Ideology*. Berkeley: University of California Press, 1978.
- Lodge, T. *Black Politics in South Africa since 1945*. London: Longman, 1983.
- Marais, H. *South Africa Limits to Change: The Political Economy of Transition*. London & New York: Zed Books, 2001.
- Mhone, G. y Edigheji, O. (eds.). *Governance in the New South Africa: The Challenges of Globalisation*. University of Cape Town Press, 2003.
- Moodie, T. D. *The Rise of Afrikanerdom: Power, Apartheid, and the Afrikaner Civil Religion*. Berkeley: University of California Press, 1975.
- PCAS. *Towards a Ten Year Review: Synthesis Report on Implementation of Government Programmes*. Policy Coordination and Advisory Services: Pretoria, 2003.
- Pillay, P. *South Africa in the 21st Century: Key socio-economic challenges*. FES Occasional Paper Series, 2000.
- PNUD, *Sudáfrica: Informe sobre el Desarrollo Humano 2003*. Oxford University Press, 2003.
- Statistics South Africa, *Statistical Release*. Stats SA: Pretoria, 2004.

